

MAQROLL, EL GAVIERO: DE LA POESÍA A LA NOVELA

Martha Canfield¹

En los años 69, 70, la poesía de Mutis nos seducía sobre todo porque tocaba zonas profundas de la conciencia, del sueño, de la memoria. No nos confortaba mucho que fuera colombiano. Pero reconocíamos naturalmente en su poesía la presencia de un paisaje que nos era familiar y que era también nuestro. Así como en la poesía de Aurelio Arturo, que también entonces leíamos con devoción o escuchábamos directamente de sus labios, reconocíamos un paisaje que procedía de un mítico "sur" y que era más soñado que evocado. Tanto es así que cuando en el 72 salió en la Revista Eco el ensayo de Cobo Borda sobre la poesía de Mutis, que luego iba a constituir el prólogo a la **Summa de Maqroll el Gaviero** en la edición de Barral, leíamos en total acuerdo con el amigo Juan Gustavo que uno de los dos signos claves de esta poesía era la fidelidad constante por su tierra. (p. 49)

Cuando en 1974 me fui para Italia sintiéndome dividida entre el entusiasmo por la aventura y la congoja por dejar lo que más amaba entonces, que era todo lo que aquí se quedaba, el amigo Augusto Pinilla, interpretando bien mis sentimientos, me dijo, como quien ofrece un bálsamo: "lo que tú te tienes que llevar es esto" y me dio la **Summa de Maqroll el Gaviero**, desprendiéndose del volumen que el propio Mutis le había dedicado. Me explicó: "No te puede faltar cuando estés lejos". Ese libro me acompañó por 20 años y me sigue acompañando y si ahora no lo tengo conmigo es porque lo dejé en Florencia para evitar la tentación de devolverlo a su legítimo dueño.

Con toda esta larga introducción, en la cual no podían estar ausentes los recuerdos personales, quiero decir que por más de 30 años Mutis fue conoci-

¹ Universidad de Nápoles. Italia.

do y muy conocido como poeta. Del 86 en adelante y a ritmo cerrado empiezan a salir las novelas, periódicamente, una por año: **La Nieve del Almirante** (1986), **Ilona llega con la lluvia** (1987), **La última escala del Tramp Steamer** (1988), **Un Bel Morir** (1989) **Amirbar** (1990), **Abdul Bashur soñador de navíos** (1991), **Tríptico de mar y tierra** (1993). La "trilogía" de la que se habló un tiempo se transforma en saga. Y con ello mismo se crea un cierto desconcierto, en parte es el mismo autor quien repite que lo que más desea es volver a la poesía, pero sobre todo en los críticos que no entienden el cambio de género. Ha sido publicado incluso algún texto con esta óptica que considero equivocada y que prefiero no citar. Mutis declara, entonces, que toda su narrativa ya estaba en germen en su poesía, pero no se lo entiende completamente.

En realidad, leyendo atentamente su obra se descubre un proceso de un rigor extraordinario: rigor de los sueños y de la lógica del inconsciente, no de lo que racionalmente se calcula o se proyecta. Tal vez el proceso se puede orientar al que se produce en la evolución de las literaturas espontáneas: primero la épica y ya Volkening habló del contenido épico de la poesía de Mutis, luego la crítica, y por último, la novela. Pero, sobre todo, esta evolución corresponde a un proceso interior, de búsqueda y de decantación de los materiales de la vida ("la materia de tu vida" es sintagma recurrente en esta poesía), que espero poder demostrar en un breve recorrido por algunas de esas etapas.

PRIMEROS POEMAS : 1947 a 1953.

El poema "La Creciente", primer poema publicado por Mutis, apareció en la Revista Vida en marzo de 1947. Empieza así :

"Al amanecer crece el río, retumban en el alba los enormes troncos que vienen del páramo".

"Sobre el lomo de las frondas aguas bajan naranjas maduras, terneros con la boca bestialmente abierta, techos pajizos, loros que chillan sacudidos bruscamente por los molinos".

"Me levanto y bajo hasta el puente. Recostado en la baranda metal rojizo, miro pasar el desfile abigarrado. Espero un milagro que nunca viene".

"Tras el agua de repente enriquecida con dones fecundísimos se va mi memoria".

Estamos ya ante una teoría poética. El río que crece arrastra materiales de deshecho, troncos, pedazos de techo, fruta caída y sobre todo "terneros con la boca bestialmente abierta". El que observa, que es también el sujeto poético, "espera un milagro que nunca viene". Pero revelando algo se manifiesta y es la poesía, precisamente el milagro de la poesía, sólo que esa epifanía de la palabra para el propio poeta no puede ser nunca definitiva. Es un mila-

gro anunciado, nunca totalmente cumplido. Mutis podría decir con Borges: "la poesía es la inminencia de una revelación que no se produce".

Sin embargo, con la mediación de la memoria, los materiales de deshecho se transforman en "dones fecundísimos": "Todo llega a la tierra caliente empujado por la arena del río que sigue creciendo; la alegría de los carboneros, el humo de los alambiques, la canción de las tierras altas, la niebla que exhuma los caminos, el vaho que despiden los bueyes, la plena, rosada y prometedora ubre de las vacas".

El más definitivo de estos "dones" es el que sustituye la boca abierta del ternero muerto, en triste solicitud brutal, por la "plena, rosada y prometedora ubre de las vacas".

En resumen, lo que llega hasta la tierra caliente arrastrado por el río es: "la canción de las tierras altas". El yo que observaba y que viajaba en la memoria, aparece ahora anulado en sensación del cuerpo visto como ajeno.

"Hace calor y las sábanas se pegan al cuerpo postrado para emprender el viaje". El vehículo es el agua, como metáfora del flujo evocativo. La meta es la tierra feliz del pasado, la búsqueda corresponde a los "frutos escondidos". Mucho más adelante, en la novela **Amírbar**, la búsqueda del oro tendrá el mismo valor simbólico.

"Oración de Maqroll" recogido en *La Balanza* (1948), fue publicado por primera vez en *El Espectador* el 4 de octubre de 1947 con el título "Las Imprecaciones de Maqroll". El nacimiento del alter ego del poeta es, pues, inmediato. El poema lleva un epígrafe muy significativo de René Crevel: "Tu as marché: par les rues de chair". Maqroll nace, por lo tanto, como un peregrino de la carne: a través de la carne y del amor físico su trascendencia. De modo que su peregrinar es constante; no podrá detenerse en ninguna mujer, ni siquiera en su Flor Estévez.

Si con Rilke (y con Vallejo) Mutis piensa que la muerte de cada uno es la expresión de la propia vida, o el momento expresivo culminante de esa vida, o que debiera serlo (no es casual la elección del verso de Petrarca que da origen al título de una de sus novelas "Un Bel Morir tutta la vita onora"), entonces la muerte que Maqroll desea para sí mismo en este poema explica el recorrido existencial que aspira a realizar.

"Oh, señor, recibe las preces de este avizor suplicante y concédele la gracia de morir envuelto en el polvo de las ciudades, recostado en las graderías de una casa infame e iluminado por todas las estrellas del pensamiento". La casa infame aparece asociada a la iluminación porque la ética que rige el destino de Maqroll, por supuesto, está más allá de las convenciones: lo infame y lo sagrado se reúnen en el espacio de la búsqueda ultra corporal.

El pedido central de la oración es de purificación del mundo: la selva, espacio de castigo, caos original donde la criatura se pierde o enloquece (véase **La nieve del almirante**, en ello semejante a **Heart of darkness**) constituye una encarnación de lo demoníaco pero es, al mismo tiempo, como el Mefistófeles de Goethe, un instrumento divino. “¿Por qué impides a la selva entrar en los parques y devorar los caminos de arena transitados por los incestuosos, los rezagados amantes?”. El amor tiene un tiempo y un límite; he aquí las reglas de la ética de Maqroll. Y la virtud mayor es para él la inocencia:

“Con tu barba de asirio y tus callosas manos preside, oh Fecundísimo, la bendición de las piscinas públicas y el subsecuente baño de los adolescentes sin pecado”.

La oración termina con una súplica aparentemente contradictoria:

“Recuerda, Señor, que tu siervo ha observado pacientemente las leyes de la manada. No olvides su rostro. Amén”.

La imagen de las ovejas como símbolo de la inercia que nivela a todos los seres por lo bajo aparece en una célebre película de Buñuel, *El Angel Exterminador*. Sin embargo, Maqroll no se puede reconocer en uno de la manada, puesto que él es antes que nada un ser anticonvencional. Sin duda, entonces, se trata de otra cosa: el verso sólo se explica si se refiere a leyes más altas y a esas leyes él siempre ha obedecido. Por tanto, en este sentido, él no es una oveja descarriada. Ni siquiera cuando las circunstancias lo obligan al homicidio, Maqroll perderá su fundamental pureza. (v. Abdul Bashur)

“Hastío de los peces” aparece en **Los elementos del desastre** (1953):

“Desde dónde iniciar nuevamente la historia es cosa que no debe preocuparnos. Partamos, por ejemplo, de cuando era celador de transatlánticos en un escondido y mísero puerto del caribe. Mi nueva profesión, nada insólita y muy aburrida por épocas, me dejaba pingües ganancias en ciertos frutos de cuya nuez salía por las tardes un perfume muy semejante al poleo”.

El poema se presenta ya con la cara de un relato; bien pronto empieza el cruce de géneros, así como bien pronto había nacido el nombre de Maqroll. No importa dónde iniciar la historia. La obra de Mutis es como un mosaico en el que cada pieza va encontrando un lugar en un orden no necesariamente cronológico. El orden se entenderá después porque el itinerario es el de una búsqueda: la del propio Mutis. Tampoco importa el fin, que el gusto por lo fragmentario no es sólo característico de la estética de nuestro tiempo, sino del propio Mutis. Sólo que, a medida que él avanza, en los años y en su obra, tiende cada vez más a “atar cabos sueltos”. Va progresando de la visión inicial del hombre desamparado en el absurdo de la existencia hacia la intuición de un diseño general en el que se refleja la Providencia.

La "persona" o (personaje) encontrada por Mutis para encarnar y celebrar este "oficio itinerante" es, desde ya, Maqroll. En seguida empiezan a definirse su identidad ("celador de transatlánticos en un mísero puerto del Caribe"), sus gestos y la temática del crimen (frente al asesinato del "coleccionista de cadenas", Maqroll observa sin juzgar, al borde de la complicidad). Se define, asimismo, la búsqueda de algo que está más allá de lo inmediato y cuyo misterio permanece intacto: "Mi peregrinaje por las Tierras Altas donde moran los conciliadores de los Cuarenta Elementos". Y sobre todo tenemos ya aquí los indicios de la voz (narradora o poética) que lo define:

"La voz de este relato mana de ciertos rincones adonde no puedo llevaros, pese a mi buena voluntad y en donde, de todas maneras, no sería mucho lo que podría verse".

El origen de esta voz es profunda y secreta; encontrarlo es meta del viaje del propio autor. Ese punto de origen sería el centro del cubrimiento, paz y final de todo. Cuando se alcance ese centro, se producirá una separación de sí y con ello la objetivación de Maqroll y el consiguiente tránsito a la novela.

"Los trabajos perdidos", incluido también en **Los elementos del desastre**, se presenta a su vez como una teoría poética:

"Por un oscuro túnel en donde se mezclan ciudades, olores, tapetes, iras y ríos, crece la planta del poema. Una seca y amarilla hoja prensada en las páginas de un libro olvidado, es el vano fruto que se ofrece.

La poesía sustituye
la palabra sustituye
El hombre sustituye
Los vientos y las aguas sustituyen
La derrota se repite a través de los tiempos
¡ay, sin remedio!

Inutilidad y obstinación del poema, humanidad y debilidad del poeta hombre y grandeza divina del poema como absoluto:

"... Pero si acaso el poema viene de otras regiones, si su música predica la evidencia de futuras miserias, entonces los dioses hacen el poema. No hay hombres para este poema".

Quien enfrenta la utópica tarea se engrandece; es Quevedo, es Borges, es el principio mismo del quehacer poético: "Cruzar el desierto cantando (...) es el destino de los mejores". Es el destino de Maqroll, también redimido por el canto. La poesía tiene un rostro mísero y un rostro sublime: la poesía es la materia de la miseria trascendida, las heces transformadas en el oro de la ecuación alquímica. Es el mismo proceso acertadamente definido por Vallejo: "Se aquilatará mejor el huano".

En **Reseña de los hospitales de ultramar** (1959), Maqroll se busca a través de su "misericordia", de sus hospitales, de su soledad; busca un "hilo de claridad", conoce la dimensión de su "misericordia" y la clave de su derrotismo en una de esas experiencias de meditación dentro del "laberinto". (v. "La cascada")

En "Gruta matinal", incluido en **Los trabajos perdidos** (1964), la miseria personal de Maqroll se constituye en teoría poética y da lugar al "tesoro", "materia perdurable" del poema :

No mezcles tu miseria en los asuntos de cada día.
Aprende a guardarla para las horas de tu solaz
y teje con ella la verdadera
la sola materia perdurable
de tu episodio sobre la tierra.

En **Caravansari** (1981) aparece el texto "La nieve del almirante" (título que se cita en la primera novela del ciclo), en el cual Maqroll empieza a definirse como personaje autónomo. Ya tenemos la tienda del mismo nombre, la mujer amada, la llaga en la pierna que lo define como arquetipo del Joven Eterno, las frases escritas en el muro de las cuales una es su mejor consigna: "Niega toda orilla".

En **Cocora**, el Gaviero transita atormentado por los laberintos de la mina. En **Los esteros** el autor nos cuenta la muerte de Maqroll en el agua, como corresponde a su destino de navegante. Finalmente, en el "Cañón de Aracuriare", incluido en **Los emisarios** (1984) se produce el descendimiento al Sebest: la revelación e iluminación que lo acompañará hasta su muerte, tal vez no lejana, según lo que sugiere el autor.

La experiencia que se cuenta en estas páginas es, sin duda, una experiencia de iniciación; el paisaje en el que se desarrolla es de desolación geográfica y de incitación mística: "el silencio conventual y tibio del paraje, su aislamiento de todo desorden y bullicio de los hombres y una llamada intensa, insistente, imposible de precisar en palabras (...) fueron suficientes para que el Gaviero sintiera el deseo de quedarse allí por un tiempo (...)". En medio de este silencio y de esta quietud, Maqroll inicia "un examen de su vida". Y haciendo el catálogo de sus miserias, de sus errores y de sus dichas precarias, llega a despojarse de ese ser, que sería el de su identidad más superficial, quedándole sólo el espíritu analítico, segundo ser que él vislumbra y cuya existencia, ahora evidente, lo regocija. Pero entonces, al tratar de conocer mejor a ese segundo sujeto, un tercero se delinea y cobra forma "en el centro mismo de su ser".

"Tuvo la certeza de que ése, que nunca había tomado parte de ninguno de los episodios de su vida, era el que de cierto conocía toda la verdad (...) Al enfrentarse a ese absoluto testigo de sí mismo, le vino también la serena y lenificante aceptación que hacía tantos años buscaba por los estériles signos de la aventura".

Este tercer sujeto en el centro mismo de su ser es el *deus absconditos* que esperaba a los iniciados en el centro del laberinto. Es, en términos junglianos, el Selbst. El proceso de viaje interior de conocimiento y de purificación ha llegado a su punto culminante, después del cual sólo cabe volver a empezar (siempre he pensado que es esta ciclicidad de Mutis, Maqroll lo que más ha podido fascinar a Octavio Paz). Pero, naturalmente, el punto de donde se vuelve a empezar no puede ser mecánicamente repetitivo. El proceso de purificación interior se ha cumplido en Mutis y desde ahora la relación literaria con Maqroll tiene que ser distinta. La creación empieza de nuevo, pero los dos sujetos se separan. La adherencia del autor al sujeto poético había sido total; ahora entre el narrador y el personaje Maqroll hay una distancia. Lo ha dicho el propio Mutis: "antes yo era Maqroll, o casi. Ahora Maqroll ha adquirido una identidad propia".

En las novelas, Maqroll sigue peregrinando a la búsqueda de sí mismo. Pero la verdad es que cada vez más se va acercando a la plenitud existencial y sentimental que caracteriza a su autor; véase si no su última entrega, **Tríptico de mar y tierra**, donde Maqroll crece espiritualmente a través de la paternidad, si bien tardía y prestada, paternidad al finó, como el propio Mutis está gozando con las delicias de su condición de abuelo.

Conferencia dictada en la Biblioteca Nacional de Colombia con motivo de los setenta años de vida del escritor Alvaro Mutis. Homenaje efectuado por Colcultura en agosto de 1993.